

carlos, en lugar de encerrarlos *en su corazon real?* ¿No pensais igualmente que ha debido permitirse á los Jesuitas, el que puedan justificarse, sobre todo, cuando habia una seguridad de que no podian hacerlo? ¿No juzgais además como injustísima, la disposicion que á todos les hace morir de hambre, en el momento en que un solo hermano escriba bien ó mal en su favor? ¿Y qué os parece, por último, los cumplidos que hace el rey de España á todos los demás frailes, sacerdotes, curas, vicarios y sacristanes de sus estados, que á mi ver, no son menos perjudiciales que los Jesuitas, aunque no tengan la importancia que estos?"

Sobre el mismo asunto así escribia el filósofo Duclos en su *Viage por Italia*, página 40: "Las órdenes regulares se han alegrado indudablemente de la espulsion de los Jesuitas; pero han tenido la decencia suficiente para ocultar esa misma alegría, un poco acibarada por el temor que tienen respecto á sí mismos. Tocante á las provincias, si las operaciones del parlamento no hubiesen sido confirmadas por un edicto casi arrancado al soberano, dudo mucho que los demás parlamentos, exceptuando el de Rouen, hubiesen seguido el ejemplo del de París. No temo asegurar, y lo he visto muy de cerca, que los Jesuitas tenian y tienen aun sin comparacion, mas partidarios que enemigos. La Chalotais y Monclar fueron los únicos que dieron impulso á sus compañeros, y fué preciso echar mano de resortes para mover á los restantes cuerpos. Generalmente hablando, las provincias echan de menos á los Jesuitas, y cuando se aparece alguna es recibido con aclamacion por razones que presento con mas estension en una obra particular.—Todos los religiosos, dice en otra parte, sobre todo, los dominicos y franciscanos, que tantos papas han dado á la Iglesia, lo que no ha sucedido con los Jesuitas, aunque hayan tenido algunos cardenales, siempre miran á la Compañia como colonia estrangera, que ha venido á meter su hoz en mies ajena. Tienen envidia del favor y proteccion de que estos nuevos hombres disfrutaban, y no les temen ni aun lo bastante para contener y disimular sus sentimientos, y así se les ha visto alegrarse, hasta con escándalo, al llegar la noticia de la espulsion de los Jesuitas de Francia y España. Yo mismo he sido testigo presencial de ello, y me tomé la libertad de decir á aquellos buenos religiosos, que estaban completamente ciegos; cuando no veían el nublado estenderse y amenazar con su estrago á todos ellos. El primer rayo habia caído sobre la Compañia, árbol cuyo ramage cortaba la nube; y así estos religiosos debieron pensar

mos cómo se olvidó, de lo que habia dicho en otra carta á Voltaire: *de qué los Jesuitas franceses habian hecho circular tres memorias manuscritas en su justificacion, las que tenia por demasiadas, por las falsificaciones de su instituto, que habia hecho el parlamento para condenarlos...* Y qué les hubiera sido tan imposible defenderse en España, cuyo pueblo no estaba tan corrompido como el francés? Si no hubiera habido este temor ¿de dónde procedió esa torcida disposicion de cerrarles la boca de una manera tan injustísima.

que si el hacha deja caer en tierra los copudos robres, mejor se siega la yerba."

Oigamos á cuatro filósofos de diversas naciones, decididos enemigos de los Jesuitas: un francés, un inglés y un italiano, que los colman de elogios, y un español que declara sin ningun disfraz la causa de su destruccion.

Mr. Saint-Mac-Girardin, además de filósofo, universitario, en su obra titulada *Curso de historia en la Sorbona* en 1835, dedicó un capítulo para delinear la de los Jesuitas, diciendo que: "Esta orden ha sido el objeto de muchas acusaciones; pero habiendo pasado hoy el tiempo de su favor, ha llegado para ellos el de la historia." En seguida cuenta las principales circunstancias del establecimiento y propagacion de esta orden célebre, que nacida con el protestantismo se halló desde la cuna en estado de luchar cuerpo á cuerpo con él, y preservó mas de la mitad de Europa de la invasion de la reforma: la mostró en medio de esta laboriosa lucha, que parecia ser el fin principal de su institucion, capaz de sostener con su increíble actividad otros mil trabajos, "predicando desde los púlpitos con grave, magestuosa y hasta entonces inaudita elocuencia; favoreciendo con la enseñanza y con inmensa cantidad de escritos, el movimiento de la humanidad, y civilizando por medio de la religion, y con el precio de sus sudores y su sangre, á los salvages que habian sido conquistados con el poder de las armas."

Esta brillante peroracion fué, como es natural, transcrita imperfectamente en los periódicos de París; y uno de los redactores de mas nombradía del *Dicrio de los Debates*, Mr. Julio Janin, no pudo menos que exclamar. "¡Valor grande! ¡El nombre de Loyola ha sido rehabilitado cumplida y enteramente en un curso público de lecciones! Convéngase, pues, con nosotros, en que este es un inmenso progreso: y convéngase tambien que la enseñanza entra finalmente en el camino de la justicia."

El inglés Sir John Hippisley, el libelista á quien combatió Dallas en la obra citada, que de camino diré que se dedicó al célebre Jorge Canning: ese exaltado calumniador, no pudo dejar de manifestar su aprecio, respeto y admiracion hácia los Jesuitas, y la fuerza de la verdad le arrancó estas palabras. (*Investigaciones sobre los Jesuitas*, página 3 y 17): "Estoy pronto á admitir el mérito de este cuerpo de católicos; y considerando su enseñanza clásica, debo confesar que sus escuelas y seminarios han sido los mas célebres.... Mucho es lo que me cuesta espresarme en los términos en que lo he hecho, respecto de una comunidad compuesta de eclesiásticos recomendables, y en cuyo seno muchos de mis amigos han recibido su educacion...."

Los términos generales con que se espresa el filósofo inglés que acabo de citar, en elogio de los Jesuitas, recibirán mayor amplitud con los particulares de que se sirve el italiano Gioberti, no menos entusiasta á favor de la libertad, que en atacar á la Compañia de Jesus.

Sin embargo, cuando discurría sin pasión, no pudo dejar de hacer este homenaje á la justicia, en su obra *del Primado*, tomo I, página 333.

“Desde el siglo VI hasta el XVI, la ley generativa del monacato operador y apostólico se desenvolvió, creció y dió fruto bajo todas formas; y si su primera institucion se habia ocupado en civilizar al mundo bárbaro, en su última renovacion se ocupó en disipar, mediante la luz evangélica difundida ya en Europa, las demás tinieblas esparcidas en el resto del orbe habitado. De tal manera el siglo milenarío del monaquismo, al principio fué un aprendizaje civil, que nacido en Roma abrazó sucesivamente toda la tierra; y aquella concepcion que en el piadoso de Norcia fué especialmente italiana, se hizo europea en el de Claravalle y de Asís, y en el de Loyola *cosmopolítica*. Con Ignacio terminó la obra creadora del claustro, habiendo conseguido el mas elevado grado de velocidad en su movimiento, y de estension en su giro por la estructura magistral de sus constituciones interiores, y por la amplitud del campo asignado á sus trabajos.”—El mismo autor, hablando en su obra *Introducción al estudio de la filosofía*, tomo I, página 190, sobre la educacion, dice así: “La gloria de este invento y el mérito de haber comenzado á ponerlo en práctica y ejecucion, pertenece á diversas órdenes religiosas, especialmente á la de los Jesuitas, los cuales, como maestros de la juventud, manifestaron tal sabiduría en conocer la naturaleza humana, y particularmente la de la edad tierna, que su modo de instruir á los niños, contiene muchas partes excelentes de que podrán aprovecharse los afectos al estudio de la pedagogia.”—En la misma obra (tomo I, página 196 y 197) tratando de las misiones, se espresa de esta suerte: “Los que acusan á los Jesuitas del Paraguay de haberse arrogado algun poder temporal, no saben lo que dicen.... Entre las varias órdenes de misioneros, ninguna fué mas liberal, mas sabia, mas dulce, mas industriosa, mas eficaz que la de los Jesuitas; y los discípulos de Ignacio en el Paraguay, dieron al mundo el nunca oido espectáculo de una multitud salvaje, mudada como por encanto en sociedad de hombres civilizados, mediante una administracion paterna, pero minuciosa y fuerte, como aquella con la que Licurgo amenazaba los duros é indóciles habitantes de la Lacedonia. Si en vez de haber sido interrumpida esta obra (como lo fué en 1767) hubiese sido favorecida, estendida y aumentada, la raza indígena de América seria á esta hora tan ilustrada y crecida como la blanca; esa raza degradada de la que aun sobreviven pocas y miserables reliquias, con desesperacion de los filántropos, y oprobio de los europeos.”—Y en otro lugar de la misma obra, hablando de las desgracias del Japon, hace una observacion que viene ahora muy al caso: “La culpa de las desgracias de aquel infeliz pueblo, fué haber caído en poder de un príncipe fanático; tanto, que el odio de un hombre solo, fué suficiente para hacer infructuoso el sudor y la sangre de muchos apóstoles infatigables.”—Ultimamente, para confundir á los que sin saber lo que se dicen, aseguran, que despues del restablecimiento de

la Compañía, seguirá el de la inquisicion con su intolerancia perseguidora, vea vd., como contesta el referido Gioberti con anticipacion á este estravagante cargo: “Los Jesuitas, dice, tan lejos de aprobar el rigor en esta materia, se mantuvieron siempre muy ajenos de él, y lo condenaron con su ejemplo.... Y la autoridad de los Jesuitas es en este punto de tanto mayor peso, cuanto que por una parte el error evitado por ellos, reinó por mucho tiempo y en muchos individuos, desde la fundacion de su órden; y por otra, que siendo el principal fin de la Compañía la propagacion de la fé, la conducta observada por ellos fué una espresa declaracion de que repugnan á la santidad de su fin los medios coactivos y violentos.”

Réstanos el filósofo español, D. Manuel Alonso de Viado, que en el discurso que pronunció en una lógia de Madrid, á 20 de Mayo de 1812, y en que confirmó lo escrito por el abate Barruel, de que el primer anillo de la cadena de abominaciones que habia visto el siglo pasado, no habia sido otro que el esterminio de la Compañía, como necesario y preliminar á la obtencion del triunfo de la filosofía; pues según el testimonio de Rabaut, uno de los cabezas de la revolucion de Francia, “no pudo hacer progresos, á pesar de medio siglo de esfuerzos, hasta que fueron proscritos de ese reino los Jesuitas, que oponian el mayor obstáculo, á la propagacion de sus luces, y los enemigos mas hábiles, diestros y constantes en hacerle la guerra;” el referido gefe de la mazonería española, decia: “Antes de estas tristes ocurrencias, habia amanecido la aurora de la filosofía en las logias luteranas de Wutemberg y Dresde; pero lejos de bañar con su luz el horizonte español, tuvo en él su cuna la sociedad de los Jesuitas, consagrada únicamente á esterminar los mazonos, y á defender la illusoria autoridad de la silla apostólica. Ignacio de Loyola, dotado de imaginacion ardiente, de humor hipocondriaco, de génio adusto y tan supersticioso como atrevido, instituye y recluta aquella legion de soldados del papa.... y el perspicaz Lainez perfecciona un instituto enemigo.... del sacrosanto derecho que tenemos los hombres de adorar á Dios según nuestra conciencia; ved aquí, hermanos, las causas que opusieron á la mazonería un fuerte valladar para que no se domiciliase en nuestro desventurado pais.”

No pueden haberse espresado con mayor claridad los filósofos sobre la utilidad de los Jesuitas, la santidad de su instituto y las causas tan gloriosas para ellos, á que se debió su destruccion en el último siglo. ¿Pero qué dirá vd. seor-maestro, si oyera á estos mismos filósofos volver por la inocencia de esos padres, contra las acusaciones que les hace el dia de hoy la ignorancia y la hipócrita impiedad? ¿Qué le pareciera á vd. si viera á los hombres que justamente se tienen por liberales y nada fanáticos, promover su restablecimiento?

B.—Señor, tiene vd. tantos testimonios para todo, que ya no me cogeria de nuevo que hiciera canonizar á los Jesuitas por sus mas implacables enemigos, y los que menos creen en la virtud y santidad,

Pero veamos quienes son esos grandes hombres que los defienden; y cuales esos que han solicitado un restablecimiento, que en juicio de nuestros ilustrados y periodistas, únicamente es promovido por los necios, retrógrados y amantes del *statu quo*.

M.—Voy á satisfacer á vd. brevemente. Han acusado á los Jesuitas antiguos de haber hecho odioso el cristianismo en el vasto imperio del Japon, denunciándolos además, de culpables de atrocidades en la China. Pero oiga vd. como los defienden la *Enciclopedia británica*, Montesquieu, y un anónimo protestante, autor de una *Descripción geográfica de la China*.

“Algunos padres franciscanos, dice el enciclopedista inglés, se hicieron culpables en ese tiempo (habla de la primera persecucion) de la mas imprudente conducta: durante su permanencia en la China, predicaron públicamente en las calles de Macao, donde tenian su residencia, é hicieron levantar allí una Iglesia en contravención á las órdenes del emperador, y á pesar de los consejos que les habian dado los Jesuitas de no proceder de esa manera.”

“Ya he hablado, escribe el célebre autor del *Espíritu de las Leyes*. (lib. V, cap. 14), del carácter atroz de las almas japonesas. Los magistrados miraban la firmeza que inspira el cristianismo, cuando se trata de renunciar á la fé, como muy peligrosa, y creian ver en él un carácter de audacia. La ley del Japon que castiga severamente la menor desobediencia, ordenaba renunciar á la religion catolica, y no hacerlo así era desobedecer: se castigó el crimen, y la continuacion de la desobediencia pareció ser acreedora á una mayor pena.” ¿A dónde están aquí las maldades de los Jesuitas? Si inspirar este valor á sus neófitos es un crimen, este es general á todos los predicadores del Evangelio.

En la última obra citada se espresa así su autor: “El padre Miguel Rogu, Jesuita napolitano, fué el primer misionero en China, y el que abrió la carrera por la que los individuos de su orden que lo siguieron, se grangearon una tan gran reputacion. Tuvo por sucesor al padre Ricci de la misma Compañia, quien continuó la empresa con tan feliz suceso, que es mirado por los Jesuitas como el principal fundador de esta mision; y tanto por sus talentos extraordinarios, como porque poseia el arte de hacerse agradable á todo el mundo, se adquirió la estimacion pública. Otros muchos Jesuitas vinieron después de él y marcharon sobre sus huellas. En fin, en 1630 los dominicos y franciscanos se reunieron á la misma obra, para recoger una parte de los frutos, y entonces fué cuando estallaron las divisiones entre todos.” ¿Quiénes, pues, fueron los responsables?

Sobre las diferentes acusaciones contra los Jesuitas de América, como las de erigirse en pequeños soberanos, monopolizar el comercio del Paraguay, haberse hecho peligrosos por sus riquezas y poder, romper á los gobernadores, y despojar á los indios con el pretesto de agradar á Dios, escúchese como ha hablado Muratori, que, aunque si

bien no puede contarse entre los filósofos impíos del siglo pasado, no deja de ser algo libre pensador; en su *Relacion de las misiones del Paraguay*, página 113, 181 y siguientes.

“He aquí el compendio de las infamatorias declamaciones que circundan el mundo, verbalmente, ó en los libelos impresos contra los misioneros del Paraguay. Por lo que á mí toca, nada avatizo sin pruebas evidentes; y no temo afirmar que todas estas imputaciones, son detestables calumnias, inventadas por la envidia y la malignidad.”

La opulencia de los Jesuitas y el buen trato que segun se asegura se daban ellos en su vestido y alimentos, es punto que han desmentido otros dos de sus adversarios: uno antiguo que los trató muy de cerca, y otro moderno, que escribe segun la tradicion comun de su pais. El Illmo. Fuero, obispo de la Puebla, en la carta que dirigió bajo el nombre *Jorge Mas Théophoro* á las religiosas de su diócesis, en que las exhorta á la vida comun, contra las opiniones probables que alegaban á favor de la particular que seguian; carta que se hizo tan célebre por los disturbios que promovió en la América, escribió lo que sigue.

“Para acabar de hacer concepto, será bueno que V. R. pregunte á esos directores; ¿por qué sus maestros, abrazando, como abrazaban, todo el *Probabilismo*, y en toda su estension, no practicaron en sí mismos la opinion de la vida particular. Esta fué la única, la singular, singularisima opinion probable que no practicaron los *Jesuitas*: porque es cierto que aunque tenian muchos caudales, todos los manejaban los colegios por medio de sus procuradores, y sin arbitrio de los particulares, que andaban muchas veces con los hábitos rotos y los zapatos remendados.”

A este prelado, que hablaba de los Jesuitas mexicanos, y fué uno de sus mas encarnizados enemigos, en tiempo de su espulsion, agregaremos el autor del libelo titulado *Del papa y de los Jesuitas*, que se publicó en Francia en 1815; y cuyas opiniones manifiestan ser un filósofo de siete suelas.

“Los Jesuitas, dice, (pág. 76) observaban una vida frugal; estaban vestidos modestamente y de un paño ordinario; sus aposentos nada tenian de magnifico, y en sus muebles no se encontraba cosa que excediese la sencillez del estado religioso. Se creia no obstante que poseian grandes riquezas; y con todo, al momento de su destruccion se hallaban gravados con una enorme deuda.”

Se ha declamado igualmente mucho contra la sábia y paternal enseñanza dada por los Jesuitas, y que formó casi la totalidad de los grandes hombres de los dos siglos pasados; y entre las tachas que se le han puesto, no es la menor la de no ser conforme á las actuales instituciones liberales que nos rigen. Escuchemos tres votos bastante respetables: el ilustre conmovedor de la Irlanda, el impetuoso O'Connell, el gran Napoleon, y el liberal Leopoldo I, rey de los belgas.

El primero se esplicaba en estos términos, en un discurso pronunciado en Corn-Exchange, á 11 de Octubre de 1843:—“Se ha dicho

que yo soy Jesuita; no tengo este honor; pero mis cuatro hijos han sido educados por los Jesuitas, y si el cielo me hubiese concedido veinticuatro, á todos los habria hecho educar por los mismos padres.”

El ex-emperador de los franceses, fué bastante desafecto á los Jesuitas; pero á pesar de las prevenciones que abrigaba contra ellos, y de su empeño en destruir las corporaciones de los antiguos miembros del instituto; colocado frente de una de ellas, no pudo resistir al influjo de la gloriosa reminiscencia de los colegios de la Compañía de Jesus. Pruébalo la siguiente anécdota que referia el elocuente orador Mr. Berryer, en la camara de los pares en 1844, y que vamos á exponer con sus mismas palabras, como se leen en el opúsculo publicado el año siguiente en París, con el título de *Defensa de la libertad religiosa*, página 34.

“Perdonad, señores, el que por un momento parezca separarme de mi asunto, para referiros uno de los mas tiernos y nobles recuerdos de mis primeros años. No tengo presente si fué por los primeros dias del consulado, aunque ciertamente sí despues de la segunda campaña de Italia, cuando nos hallábamos multitud de jóvenes, entre ellos el hermano menor del primer cónsul, que posteriormente llegó á ser rey de Westfalia, en la casa de Juilly, bajo la direccion de los religiosos del *Oratorio* que presidia el padre Lambois superior que habia sido de la escuela de Efflat en la Auvernia. Cierta dia se nos trajo la noticia de que Bonaparte se hallaba á nuestras puertas en Dammartin, á una legua de la casa de Juilly; y aprovechando la ocasion de verlo, salimos del colegio los 250 alumnos que allí nos educábamos, llevando al frente á nuestro rector, y los 12 ó 15 profesores del colegio. No puedo olvidar, señores, la hermosa figura, las respetables canas y el traje talar negro del padre Lambois, así como el noble continente con que acercándose al guerrero le dijo:—Señor general: los maestros que han formado á Desais, á Casa-Blanca y Muron tienen el honor de presentaros sus discípulos.—Sorprendióse á su vista el vencedor de Italia, y despues de haberle contestado con afabilidad: *Ellos están en buenas manos, mi padre*, dirigió sus vivas miradas sobre nosotros que absortos admirábamos su gloria, como para ordenarnos respetar á esos religiosos que nos habian conducido á su presencia.”

En fin, el rey constitucional de la Bélgica, segun refiere *El Amigo del orden*, periódico de esa nacion, visitando el colegio de Namur, en que se educan como seiscientos jóvenes, dirigió el siguiente discurso á los padres Jesuitas, que se hallan encargados de él.

“Señores: con la mayor complacencia he venido á visitar vuestro establecimiento, pues me consta la acertada direccion que dais á vuestros estudios. No desmayeis en vuestros trabajos, la juventud necesita buenos principios, y nada importa mas que inculcárselos, sobre todo, en nuestros dias, en que hay empeño en propagar los males y excitar las pasiones. Por desgracia existe en la sociedad una lucha entre las doctrinas sanas y perniciosas, y es de toda necesidad

pelear contra ese espíritu de desórden que tiende á trastornar los Estados. Si no se le hace oposicion desde el principio, debemos temer dias tempestuosos; pero si se logra vencerlo, un bello porvenir se prepara á la Bélgica, á esta nacion que disfruta de una tan hermosa y feliz posicion en Europa. Solo de ella depende conservarla y hacerla cada dia mas dichosa. Conservando sus principios, no hay duda que se hará respetable y respetada. *Lo que principalmente me agrada, señores, es la educacion verdaderamente nacional que dais á la juventud.* Continudad educándola como lo haceis, con este espíritu, y ella será el mas firme sostén de la pátria.”

La feliz posicion, en efecto, en que hoy se ve la Bélgica, enmedio de tantas conmociones como agitan á otros países de Europa, en que los Jesuitas han sido rechazados ó cruelmente perseguidos, acredita el dicho de ese soberano, y la sabiduría del consejo que dió Talleyrand á Luis XVIII en 1815; que cjalá lo hubiera tomado: “Una sabia y fuerte educacion, (le decia) es la única que puede preparar á las nuevas generaciones á esa calma interior, cuya necesidad todos proclaman. El remedio mas eficaz para conseguirla sin trastornos, es la reconstitucion legal de la Compañía de Jesus.”

B—El consejo para los amigos de los Jesuitas, no es malo, y ya quisieran que todas las naciones lo tomaran; pero mientras los hombres filósofos é ilustrados, se hallen, como deben estarlo, en los cuerpos legislativos, no se verán en ese espejo: en todo pensarán, menos que en esa rehabilitacion, y este casi es un principio del progreso.

M—Tiene vd. sus papeles muy mojados, seor-maestro. Cierta es que no moverá á esos cuerpos en el restablecimiento de los Jesuitas, el amor á la religion; pero siendo consecuentes con sus principios, si han procurado hacerlo por el de la libertad, la justicia y la tolerancia. ¿Cree vd. que la asamblea francesa de 1790 ha sido una de las mas liberales que hayan existido en ese país? Pues bien, en ella se proclamó, en la sesion del 19 de Febrero, su rehabilitacion por un clamor general, como puede vd. verlo en el *Monitor y Diario de París* de esa época.

“Entre las cien mil vejaciones del antiguo gobierno, decia allí el famoso abate Gregoire, y que tanto han pesado sobre la Francia, debe contarse la que se ha ejercido contra la célebre orden de los Jesuitas; y es preciso hacerles participantes de nuestra justicia.”

Sí, contestaba Barnavé: “si el primer acto de la libertad naciente debe ser la reparacion de las injusticias del despotismo, desde luego propongo una nueva redaccion á la enmienda propuesta á favor de los miembros de la Compañía.”

“Los Jesuitas, añadia el duque de Montesquieu, tienen derecho á vuestra generosidad, que espero no rehusareis á una congregacion tan célebre, en cuyo seno muchos de los que aquí estamos presentes hemos hecho nuestros primeros estudios, y á unos seres desafortuna-

dos, cuyas faltas son quizá un problema, mientras que sus desgracias son reales y positivas.”

“En efecto, exclamaba Lavie: ¿qué conspiración se ha descubierto á esos padres? ¿De qué crimen se les ha reconocido culpables? ¿No han sido esos infelices, sacrificados, no á la libertad, no á la razón ni por la patria, sino al espíritu de partido, á la venganza y al odio mas implacable....?”

El resultado de esa discusión, de que omito otros testimonios por no alargarme mas, sepa vd., que fué anular en cuanto pudo la asamblea, la sentencia de destrucción de los Jesuitas, aceptándolos como á víctimas de la mas inicua arbitrariedad; consagrando así, por un voto casi unánime, el principio de su inocencia; y á petición de los mismos Gregoire y Barnavé, este voto particular se convirtió en ley.

Testimonios tan liberales como justos se nos presentan en las cámaras de París en 1844, como puede verse en el Opúsculo publicado en el siguiente en París, por el abate Dupanloup, con el título: *De las Asociaciones religiosas*. Aquí tiene vd. algunos de ellos, en los que verá especialmente la burla que se hace en los países cultos de los que quieren intimidar á los pueblos con el *jesuitismo* pintado por los libelistas.

“Señores, decía el ya citado Saint-Marc Girardin, mucho es lo que os molestais, cuando siendo hombres de talento, obrais sobre las imaginaciones, hablando siempre de esa sociedad famosa, cuyo fantasma se muestra incesantemente en estas discusiones: esto no es leal bajo el aspecto dialéctico.... No vengais con tanta tenacidad á meternos este espectro en la cabeza.... Reios de estos temores y de estas susceptibilidades, que mutuamente se agravan entre sí; porque bien sabeis que el temor se comunica con suma facilidad.”

“No hay que preocuparse de este fantasma de *jesuitismo*, que sin cesar se hace aparecer aquí, y que sería necesario declarar mas poderoso que nunca, si tuviese la fuerza de hacernos retroceder ante la libertad.” Así hablaba Mr. Lamartine.

El conde Beugnot, añadía: “Ese temor que diariamente se trata de infundirnos al solo nombre de Jesuita, no es mas de una comedia, que se representa ingeniosamente para exaltar los espíritus, irritarlos é inflamarlos á favor de ciertos intereses personales. Recordad, señores, la cruzada que en otra vez formamos contra los Jesuitas: no sé si la memoria me engaña; pero me parece que en 1828 perseguíamos otra cosa muy diversa de estos padres. Recuerde á las personas que entonces se les oponían, que si nos hubiesen faltado los Jesuitas, hubiéramos hallado otros motivos para justificar y afirmar nuestra oposición.”

“No hay que cansarnos en esplicaciones, agregaba Mr. de Gasparin, ¿sabeis lo que bajo el título de Jesuita se significaba; y lo que con el terror de ese nombre se pretendía? Bien claro lo dicen los sucesos posteriores: se significaban aquellos hombres que no estaban

dispuestos á aceptar en lo espiritual el auxilio del poder temporal; y todo el objeto de esa polémica únicamente se ha dirigido á conservar el monopolio de la enseñanza universitaria.”

Con mayor claridad se espresó Mr. Amilhan, cuando dirigiéndose al ministro que acusaba á los Jesuitas ante la cámara, le decía: “Ese partido, agente constante de todos los desórdenes de Francia, vuelve á sus antiguas tramas: á cada momento nos presenta á los Jesuitas, como fantasmas siempre dispuestos á penetrarlo todo para promover unos trastornos y discordias, que unicamente promueven mas ó menos paladinamente sus declarados adversarios.”

“Cierto es y no puedo negarlo, concluía su discurso Mr. Portalis, que he combatido la existencia de los pequeños seminarios (los que dirigian los Jesuitas); pero declaro solemnemente que á pesar de lo que les he objetado, no intento proscribir y desterrar del suelo francés esas instituciones religiosas, cuyas formas pueden variar con los siglos y las revoluciones de las costumbres; pero que la religion católica siempre se ha glorificado de llevar en su seno, y que son incontestablemente conformes con su espíritu.... no se trata de repudiar el pasado de nuestro país, de renegar y maldecir á los fundadores de gran número de nuestras ciudades; á los que conservaron encendida en las regiones asoladas por la invasión de los bárbaros, la antorcha de la civilización; á los que establecieron, en fin, la nueva sociedad, con el auxilio de la disciplina cristiana y católica.”

A estos testimonios de los filósofos, ya á favor de los Jesuitas, ya descubriendo las causas de su ruina, y ya, por último, burlándose de los que por sus intereses particulares invocan como pretexto el nombre de estos padres, para hacer odioso al clero católico, y conmover á las naciones, pongamos fin con un argumento de hecho; y es la protección que dos soberanos secuaces de la filosofía les dispensaron, en oposición á todos los clamores de su secta. Impóngase vd. de este trozo del ya mencionado Schoell, tomo 44, páginas 82 y 84.

“Los Jesuitas encontraron un apoyo en algunas cortes que no podia esperarse, como en Lóndres, Petersburgo y Berlin. Federico II, que apreciaba las cosas sin pasión, hizo presentar en 1770 un memorial al papa en su favor, de que envió copia al duque de Choiseul, que es regular se conserve en París en el archivo de los negocios extranjeros. Federico II no permitió publicar el breve de Clemente XIV, que suprimia á los Jesuitas, en Silesia y en el ducado de Clebes; y declaró, que no conocia mejores *eclesiásticos ni maestros mas sabios*. La emperatriz Catalina II, la amiga de los filósofos, se rehusó, á pesar de esto, á ceder á su influjo hasta cooperar á la destrucción de los Jesuitas en las provincias de Polonia que le tocaron por el tratado de 1772, aunque una ley de Pedro el Grande les habia prohibido la entrada en Rusia.... Paulo I su sucesor, recomendó á la Santa Sede á los Jesuitas, declarando, despues de manifestar su especial respeto hácia ellos, lo satisfactorio que le sería ver la Com-

pañía de Jesús establecida en su imperio, bajo la autoridad de la misma Santa Sede.)

¿Qué le parece á vd., seor-maestro, de lo que ha oído hasta aquí?  
B.—La verdad, señor, que estoy asombrado, y no me ocurre otra cosa, sino decir, que los tales filósofos, al hacer la guerra á los Jesuitas, llevaron muy diversas miras, de las que les suponen los periodistas y demás ilustrados de moda. Cada vez, le hablo con ingenuidad, me convenzo mas, de que no son tan vulgares y poco instruidos los amigos de los Jesuitas, como quieren persuadirlo los que únicamente reimprimen los libelos que se han publicado en su oposicion.

M.—No es vd. el único de los adversarios de este cuerpo, á quien la fuerza de la verdad le arranca esta confesion, y hace unos cuantos años, que uno de sus mas encarnizados enemigos, no vaciló en hacer lo mismo en un libelo que publicó en su contra en Francia: «¿Quién, decia el conde de Montlosier, temerá defender á los Jesuitas, existiendo tan magníficos alegatos á su favor?» Y esto, que el autor de la *Denuncia*, segun se echa de ver, no sabia la mitad de lo que vd. ha oído, y de lo que le falta que escuchar. . . . Pero no perdamos tiempo, prosigamos como le he ofrecido, el exámen de otros documentos de mucha importancia y de la mayor autoridad, pues van á hablar nada menos que periodistas, es decir, las antorchas de la moderna ilustracion, segun el comun sentir de los liberales. Comencémos por el *Diario de los Debates* del 10 vendimiario, año XIII (2 de Octubre de 1804) y veamos la manera con que este periódico anuncia el restablecimiento de los Jesuitas en Nápoles, verificado en el mismo año.

«El restablecimiento de la órden de los Jesuitas, ha causado un general regocijo en esa capital y sus provincias. . . . El colegio que los Jesuitas tenian antiguamente en Nápoles, ha sido abierto el día de la Asuncion, y se les ha entregado jurídicamente. . . . Lo mas notable es, el empeño con que multitud de sugetos se presentan para vestir el hábito. Esta afluencia hace mas difícil la eleccion y mas severo el exámen de los pretendientes; lo que hace esperar fundadamente que la Providencia bendicirá la restauracion de esta órden, que formando una nueva generacion y costumbres nuevas, puede contribuir tan poderosamente á la gloria de la religion y á la felicidad de los pueblos.—Los nuevos Jesuitas son lo que eran los antiguos. Además del mismo nombre, el mismo hábito y la misma regla, los nuevos van á ser formados por los antiguos que aun existen, por estos restos de Israel que la Providencia parece no haber conservado, sino para hacerlos depositarios del fuego sagrado y de las verdaderas tradiciones y principios del instituto. De manera que no hallándose de ninguna suerte interrumpidas de San Ignacio á la fecha, pueda decirse que los nuevos Jesuitas son verdaderamente los sucesores de los antiguos, y que la órden sin tener la misma estension, no deja de ser igualmente perfecta: identidad tan apreciable como honrosa, que es á la vez el garante de su duracion, el dique mas poderoso á las pérfidas reformas que pudieran meditar cier-

tos espíritus sistemáticos, la mas decisiva respuesta á las acusaciones de sus enemigos, y el triunfo mas noble que haya podido reportar contra los injustos provocadores de su destruccion.—Al reedificar á la Compañía de Jesus sobre sus antiguos cimientos, derogando á este efecto el breve de Clemente XIV, de ninguna manera pone en contradiccion su virtuoso sucesor á la Santa Sede consigo misma. Si la necesidad hizo dar el breve de destruccion, la misma es la que dicta el de su resurreccion, con la diferencia de que la primera era hija del temor y asedio en que tenian hombres poderosos á aquel infortunado pontifice, á quien hicieron dispersar de un rasgo de pluma, veinte mil infatigables operarios, que en las cuatro partes del mundo se ocupaban en la predicacion y enseñanza pública; al paso que la necesidad del dia de hoy es hija del tiempo y de la esperiencia, que nos ilustra sobre las desgracias que han seguido á esta época fatal, y la urgencia de repararlas. Esta, no lo dudamos, se hará sentir en los estados católicos, á medida que se disiparen los ódios y las prevenciones; que el espíritu de partido se extinguiere en los paises; que los soberanos abran los ojos sobre sus verdaderos intereses; que la impiedad se desenmascare con nuevos excesos, y que el progreso de las depravadas costumbres, convenza á los hombres mas obcecados de aquel principio del grande Bacon, de que para educar á la juventud no se encontrará cosa mejor que las escuelas de los Jesuitas.»

No es este el único testimonio de este famoso periódico tan conocido por su entusiasmo por las ideas liberales. He aquí, como volvió á esplicarse el año de 1820.

«Esta institucion (la de los Jesuitas) nacida en el siglo diez y seis de las mismas necesidades de la Iglesia, habia llegado á ser la vigilante centinela de esta unidad preciosa, tan escandalosamente violada desde entónces. Los filósofos, poder nuevo que habia producido la corrupcion de la regencia, se aliaron con gentes que no los amaban, pero que tampoco tenian motivo de odiar á ese cuerpo, á quien ellos temian mucho y aborrecian mas. Los parlamentos siempre prevenidos contra lo que adquiria elevacion, y por consiguiente siempre mas ó menos cómplices de la envidia, celadores peligrosos de los derechos de la corona; habituales censores de los de la tiara y partidarios declarados de la doctrina de Jansenio, entraron fácilmente en la liga. Solo les faltaba algun hecho notable que sirviese de pretexto y ocasion, y éste lo ofreció el arrebato de un furioso. Un miserable de la hez del pueblo [*Damiens*] osó poner una mano impia y homicida sobre la persona del rey; al momento se estendieron sordos rumores que asombraron á los débiles, y persuadieron á los incrédulos; la calumnia mantuvo mucho tiempo esos rumores que habia sembrado; se urdieron las tramas mas estrechamente, y llegó el momento de recoger el fruto de tantas intrigas. Cinco años despues del atentado fué pronunciada la destruccion de los Jesuitas, sin valerles nada ser protegidos por el difunto delfin, heredero del trono, el recuerdo de los servicios que ha-